

Crítica à un libro de Críticas ("Parisianas", por R. de las Carreras).

Somos en el fondo de nuestra conciencia esclavos de las preocupaciones y el error, que en nuestras manifestaciones, aparece-mos más como la expresión de la híbrida complejidad de la vida social moderna que como la de nosotros mismos; somos más el fiel reflejo de las *supersticiones* vigentes que el de nuestra robusta personalidad. Sea por-que la sociedad conspira contra los fuertes, ó porque el medio nos absorbe y nos aplas-ta, la verdad es que lo mismo en nuestra conducta que en nuestros conceptos marcha-mos, casi siempre, sometidos al vasallaje fal-tal del atavismo hereditario.

Concretando mejor: somos las personas bien educadas, circunspectas, benevolamente frí-voles y delicadamente vacías que defende-mos y practicamos en nombre del nuevo mito de la Cultura, todas las leyes del con-convencionalismo reinante. Como individuo, nos despojamos de las más bellas cualidades in-génitas, sofocamos las más sinceras aspira-ciones del corazón; como ente social somos órgano reflejo de la frivolidad común, pero vivimos, en cambio, de conformidad con la suprema mayoría; desde ese instante somos miembro de la ceguera colectiva.

Para los que viven esta vida inestable, no existe sino la ley del hábito, y, por sobre esta, la de la moda.

Se ha dicho: Francia es el cerebro del Mun-do y París es el alma de Francia. Los impru-dentes han importado de aquella ciudad lo que ellos juzgan la esencia y expresión de su mentalidad supuesta. Se han impresio-nado ante la elegancia y el buen tono de la torva aristocracia *parisiense*. No han visto, por supuesto, al París cerebral; no han tras-puesto los umbrales de los inmensos labora-torios de la Ciencia, los severos cenáculos de los pensadores y filósofos ni los talleres ex-traordinariamente bellos de los artistas.

Conocen al París plutócrata; vieron la *élite* de la elegancia y la opulencia, pero no su alma ni los tesoros que en ella irradian el más soberano esplendor. Se han dejado e-nervar de excitación al contemplar el raudito torbellino de aquella vida artificiosa en que juegan su papel las ansias desordenadas de la vanidad y los furros uterinos de las po-bres cloróticas.

Allí está el génesis del *dandysmo* de nues-tro siglo; no ya sólo en lo que apellidamos *educación social* sino en lo que llamamos

educación artística y especialmente en la vi-da literaria.

El exótico amaneramiento del "cajetilla" *parisiense*; los atildamientos extravagantes, pero de *art nouveau*, del *arbitrarius elegantiarum* de salón, todo prima en el estilo y la moda-lidad característica de muchos, pero de in-mensamente muchos, de nuestros llamados decadentes. Es que han perdido de vista el objeto supremo del arte: han suplantado el culto de la Idea por la idolatría de la Forma.

El arte es cuestión de forma, se han di-cho; es, sobre todo, originalidad, y se han lanzado á la conquista de la *forma nueva*, de la figura rara, cayendo en la extravagancia, el absurdo y la incongruencia.

Han mistificado, en suma; reduciendo la prosa y el verso á cuestión de cinceladura, orfebrería, imagen y arabesco. Hoy tenemos poetas y prosistas descriptivos ó decorado-res, personas que, como bien dice Emerson, se parecen á esos leños que frotados sólo se inflaman parcialmente por un extremo. Es el mal que en Arte, Guyau califica de *dilettantismo*.

La obra del señor de las Carreras es uno de los ejemplares constatables del de-fecto que describo.

Se distingue este autor por la exquisita galanura de su estilo; lo que colora su prosa pintoresca, selectiva y orfebre, es su refina-miento acrecentado de sibaritismo. No posee, en cambio, casi en absoluto, el sentido estético del arte, del verdadero arte, cuyo fin supremo es tan amplio, intenso y fecun-do como el horizonte de la conciencia ínti-ma, de la vida intensa y expansiva.

Cuida más del buen tono y la melodía de la frase, que del concepto esencial, artístico.

Así, afirma, por ejemplo, en su juicio so-bre «Piedras Preciosas», que el libro del se-ñor Guimaraes es de «una armonía subli-memente pictórica». «Es un libro de *boudoir*—añade—que será entibiado bajo la al-mohada de las soñadoras del beso, que sue-ñan con aterciopeladas penumbras, con suaves acariciamientos de manos, como blancas mariposas inquietas».

Está dicho: es un libro de *boudoir*, es decir, un objeto de lujo, un «chiche» que comple-menta la sala de las personas de «buen gus-to», de las frívolas sultanas del harem de nuestra vida convencional, para que se

solacen, se impregnen de voluptuosas sensaciones y languidezcan de deseos, desmayantes, como lirios agostados por la caricia demasiado lasciva del sol de estío....

Ellas—¡pobrecitas!—que sacudidas en la jaula del pudor y el recato ú otras *zonzeras* de estima social, no saben otra cosa mas que alimentar con exceso sus locas imaginaciones, agotando sus neuronas los trasportes del deseo, cuando en forma de obsesión las hace vibrar con la violencia suprema del espasmo.

Ellas, nutridas de prejuicios, incapacitadas por la deficiencia actual de su educación para el goce puro de las emociones que produce el sentimiento intelectual en el orbe de la Idea, no podrán, según sus impresiones, dar, en ninguna medida, el valor artístico del libro del señor Guimaraes.

No puedo creer, por otra parte, que el poeta haya querido hacer un libro de *boudoir* ni menos para ser colocado en las vidrieras del «Boulevard des Italiens», ni en otro escaparate que en el del corazón de la humanidad, en el del alma universal de los hombres y las cosas, en cuya palpación inmensa habrá, ante todo, ansiado diluir la intensa vida de sus emociones estéticas.

El señor De las Carreras se deja embriagar por el cabrilleo lantejuelesco de las piedras preciosas, que él asocia á auroras de carnes sonrosadas.

En su obsesión desordenada del sensualismo de escuela, y en su concepto falso y estrecho del arte pagano, á la manera de Píndaro y Anacreonte en las olimpiadas griegas, dejándose embriagar, al son de la flauta de Pan, por las piruetas provocativas de las Bacantes, los giros incitantes de Euterpe ó las curvilíneas armoniosas de Polimnia, el autor de «Parisienses» se siente adormecer por los fulgores de las piedras preciosas, estremecido en su *sibarítica fruición de sensualismo* hasta esfumarse en las inefables evanescencias del fumador de ensueños.

II

Pero sigamos al señor De las Carreras en sus nociones del Arte.

Habla él: «El arte sólo se concibe egoísta, sin preocupaciones humanas. Vive de sí mismo. De lo contrario no sería digno de figurar en el Olimpo, no sería divino. Los dioses miran soñolientos las vanas angustias de los hombres. El poeta es el sacerdote de la belleza, ese lujo del mundo. La sola palabra utilidad es un maleficio que hace arder las alas de la Poesía y las malogra en cenizas. Ella está por encima de la Vida, y de tocarla muere como esas plantas nostálgicas robadas al regazo de sus tibios climas. El arte es lo inefable. Así lo proclamaron todos los estetas puros. La Grecia perlada de rocío».

De esto al ascetismo ne hay sino un paso. La sabia antigüedad clásica puso el problema en su verdadero terreno. La Vida es para el hombre, se dijo,—hay que sublimarla: de aquí, el Arté, la Ciencia, la Filosofía. En el primero se ama profundamente todo lo que es euritmia, armonía, pureza de líneas, forma bella, elegancia y aticismo.

Indudablemente, aquella hizo ya mucho con plantear el problema en esa forma. De esto á decir que el arte pagano sea el verdadero arte, media un abismo de diferencia.

Entre los griegos, el culto y el arte se identifican. El hombre coloca su ideal lejos de sí mismo.

Lo concreta y lo personifica en seres sublimes que llama dioses. Impregnada la teoría del arte del espíritu religioso, para ellos lo bello está muchas veces fuera de la realidad y de la Naturaleza.

El espíritu profundamente idolátrico, por otra parte, del pueblo, dando igual carácter y unidad al sentimiento estético, arrastran al exclusivismo, á la uniformidad, y, como consecuencia, al inmovilismo y la decadencia al arte griego. Es, precisamente en el campo de la ficción donde los griegos se esterilizan en sus creaciones, viéndose obligados á repetir, estacionarse y degenerar hasta la decrepitud actual. Poco á poco la concepción de lo *inefable*, de lo *sublime*, se debilita. Es debido á que cada vez se concede más importancia á la Vida y porque ella nos ofrece más elemento vital, que se agranda y fortalece la idea de lo verdadero, lo útil y lo bueno.

El defecto capital del arte griego es, pues, el que el señor De las Carreras toma por bondad indestructible.

Proudhon dice muy bien: «Grecia levantada por la ficción, perdería la inteligencia de las cosas y el centro de las ideas».

Por otra parte interrogo al autor, con las preguntas de Guyau: —«¿Qué sería el placer puramente personal y egoísta? ¿Existe alguno de esta especie? ¿Y qué parte tienen en la vida?» En el hombre, el sentimiento que experimenta, rebosa por todas partes de él mismo. ¿El puro egoísmo, no sería una lamentable mutilación de sí mismo? «Ni mis dolores ni mis placeres son míos en absoluto,—añade Guyau.—Las hojas espinosas de la pita, antes de extenderse y exponerse en bandas enormes, permanecen durante algún tiempo, aplicadas una sobre otra, formando como un sólo corazón. En ese momento las espinas de cada hoja se imprimen sobre sus vecinas. Más tarde, todas esas hojas pueden crecer y separarse; la señal queda y crece con ellas.» Lo mismo pasa en nuestro corazón, en el que vienen á grabarse, desde el seno materno, todas las alegrías y todos los dolores del género humano, señor De las Carreras.

Nada aislado existe en nosotros, y todo

placer verdaderamente profundo es la conciencia muda de esta armonía general, de esta solidaridad compleja que constituye la vida. Lo agradable es, pues, el fondo mismo de lo bello, como lo útil es el fondo de lo agradable. Miguel Angel, que tenía alma de artista y de filósofo, estuvo en lo cierto al pensar que, «lo Bello es la purgación de toda superfluidad». «Lo Bello descansa sobre las bases de lo necesario», corrobora decididamente Emerson.

Los griegos, además, haciendo del *ocio* y la *indiferencia* el patrimonio envidiable de la condición divina, eximían en sus dioses las cadenas de todo deber y de toda finalidad en la existencia idealizada, y con esto no hacían sino borrar los mejores y más vitales caracteres del ideal, la *inclinación* y la *voluntad* que estableciendo la fuerza y la lucha dan una idea completa de la Vida. La teoría del quietismo en el arte fué la que aquellos sostuvieron, la que en su completa desorientación del arte, sostiene el señor De las Carreras.

Vale acaso la comedia de los dioses lo que el drama de la vida de los hombres?

La vida humana es un perpétuo crear: ella engendra mundos; lo bello, lo justo, lo verdadero. Vivir una vida intensa, amplia y robusta es ya de por sí mismo estético.

Nuestro autor en parte no deja de reconocerlo cuando encara al Cristianismo para imputarle el delito de haber hecho «de la dulce pendiente florecida de jardines que coronaba el éxtasis, á que se entrelazaban ríos melódicos, lodazal abyecto y madriguera de cardos». Cayó realmente como fuego del cielo—añade—y todo lo consumió. Se realizó entonces el mito bíblico. El hombre salió del paraíso perdido de la sensualidad.

Hay, pues, que pensar en el Amor, no en el solo amor de los sentidos, despojado de las elevadas funciones del espíritu ó de los más puros sentimientos del alma, sino en aquel que el espíritu busca bajo la carne y que sobrevive á sus marchitamientos. El Amor es la más universal de las leyes; gravitación en los espacios siderales, gravedad en los astros, atracción en la tierra, afinidad en las células; he ahí el refugio y la esperanza del hombre. El Amor que hace común los dolores y las alegrías ajenas, es ya un homenaje al género humano; el culto á la vida

Vivir decorosamente...

La sociedad civilizada es decididamente estúpida, y nos apercibimos de esto, cuando friamente, reflexivamente, con todo nuestro buen sentido y, naturalmente, teniendo un poco de elevación de espíritu, estudiamos su constitución.

y á la humanidad constituyen, pues, el verdadero arte.

Guyau que ve en esto, el lado serio del arte, nos refiere «la historia de un violinista que tocaba en una orquesta y que sin embargo de haber perdido la conciencia en un acceso epiléptico, continuó desempeñando su misión exactamente; todos sus órganos, y probablemente sus nervios auditivos mismos, continuaron funcionando mecánicamente; todo vibraba en él salvo la vida y la conciencia, que se hallaban desinteresadas y adormecidas.»

«Muchos artistas—añade—se parecen á ese músico que no tocaba sino con los dedos; muchos *dilettanti*, no escuchan tampoco más que con los oídos, no ven sino con los ojos, no juzgan sino maquinalmente; el alma en ellos se distrae y vaga por otros lados; entonces el arte se convierte en un verdadero juego, un medio de ejercitar tal ó cual órgano sin estremecer la vida hasta lo más íntimo». Con esto no intento sino poner de relieve el defecto común, generalizadísimo entre nuestros poetas y literatos que se dejan seducir y contagiar por la prosa pintoresca ó el verso sonoro, por la rima musical y el rebuscamiento á costa de la masturbación cerebral en todas las producciones.

Así, pues, se ha dado en creer y se formula á cada paso, que la Retórica, órgano auxiliar del lenguaje, y la imagen, vehículo secundario de la Idea, sean el fundamento y objeto supremos del Arte.

En cuanto al señor De las Carreras, creo sencillamente que si logra poner más sentimiento, más ideación, más sinceridad en su prosa llena de plasticidad y elegancia, llegará á ser «un artista» en la acepción máxima del vocablo.

La imitación nos hará siempre capitular cobardemente ante ajenas personalidades, y en vez de dar lo mejor que poseemos, de irradiar las bellezas de nuestra propia alma, echamos candado al cofre de nuestro tesoro espiritual y claudicamos insensatamente ante el altar de la opinión convencional de los llamados literatos profesionales.

JULIO R. BARCOS.

Montevideo, 11-1904.

En efecto, cada gesto de nuestra existencia está complicado por el ceremonial y se dá una importancia totalmente exagerada y absolutamente inútil á las acciones más simples.

La necesidad de afección, de atracción, de

amor, se manifiesta en el individuo; dos existencias anhelan unirse... Pues bien, se comienza por jurar *amor eterno*, como si se pudiera preveer que los primeros sentimientos expresados durarán siempre, que ellos no se modificarán nunca, que seguirán inevitablemente un curso regular, etc., etc. Primeras mentiras.

Después de esto, tienen lugar las ceremonias: esponsales primero y como conclusión pensada y esperada, el matrimonio. Y aquí las complicaciones comienzan y aumentan.

El matrimonio celébrase, en la Iglesia, con su respectiva complicada pompa.

Luego, vienen los hijos, y es preciso concurrir al juzgado para hacer la declaración de nacimiento, porque, imagináos qué horrible cosa serían vuestros hijos sin sus respectivos papeles que proclaman su estado civil! Ved, pues á todos esos pequeños seres apenas venidos al mundo y ya matriculados y puestos en brigadas. Luego, el santo Bautismo los lavará y purificará del famoso pecado original (?), y más tarde, la escuela, donde profesores fabricados en un mismo molde, les enseñarán el amor á la bandera, la gloria de Dios, el respeto á la autoridad, y otras mil cosas...

Y todavía ceremonias con la Comunión, y un poco más tarde, el servicio militar. Y aquí se agrega un suplemento de adoración, porque, á más del Dios criminal, será necesario admirar la Bandera, otro ídolo tan cruel y mentiroso como el Cristo católico, como todos los ídolos del Respeto.

No hay que olvidarse que todas estas ceremonias están acompañadas de jolgorios y orgías, pues estos son su complemento indis-

Max Stirner

(Conclusión)

Á Edmundo Bianchi.

*Wer ein ganzer Mensch ist,
Brancht Reine autoritat zu
sein.* — M. S.

III

9.—En capítulos substanciosos, Stirner discute, remueve, agota el problema puesto ante la conciencia humana. Después de definir la *propiedad*, trata del *propietario*, el individuo, condenando *in limine* todas las soluciones falsas imaginadas por estadistas y filósofos de la vieja escuela. Para el gran pensador alemán el DERECHO no es más que el *espíritu mismo de la sociedad*. Si la sociedad quiere, es precisamente su *poder de querer*, que constituye todo el *derecho*. Y así es por tanto, que todo *derecho establecido*, todas las

pensable... Ved: agoniza un hombre. Viene el sacerdote á administrarle los santos sacramentos, y después de la muerte habrá misas, lluvia bendita sobre el féretro, montes de coronas con inscripciones de cliché, banales é hipócritamente afectuosas. Luego surgirán los herederos, que se lanzarán sobre los bienes legados por el difunto,—que generalmente han sido robados á los que los han producido,—pero ellos, para expresar su sincero dolor, llevarán hábitos negros, continuando así el ceremonial del culto mortuorio, é intensificando la complicación social.

Y los Científicos de todo género, de nuestros días, creando necesidades ficticias, llegan á agrandar desmesuradamente las obligaciones diarias de los individuos.

Y sin embargo, ¿sería tan bueno y tan lógico el vivir sanamente, bellamente, de un modo simple, con los solos medios que nos ofrece la Naturaleza, desdeñando todo lo artificial que nos aplasta y nos traba más y más...!

Pero, es cierto que la civilización no puede vivir más que *decorosamente* y que, sin todo aquello, no podría subsistir.

El sacerdote, el soldado, el funcionario, el legislador, el juez, no podrían conservar su prestigio á los ojos de las muchedumbres, si no oficiaran mas en sus templos, donde es de rigor una *mise en scène* solemne, y si ellos anduvieran vestidos como todo el mundo, no podrían, evidentemente, gozar de un poder dominador y ¡vive Dios! esto sería la *débacle* tan esperada por los Mendigos que entonces ¡oh sacrilegio! vendrían á ser sus iguales!

¡Quién sabe si un día, los pueblos, no verán lucir el gran sol Rojo, en una mañana de batalla!

HENRI ZISLI.

leyes que regulan la conducta que yo debo tener en todas las circunstancias, son extrañas á mi voluntad y á mi conciencia. Aún las que tienen apariencia de favorecerme, no hacen más que *viciarme* de humillaciones que se disfrazan *concediéndome* aquello que yo tenía que conquistar. Y he ahí: pártese de ese primer desapercibimiento hasta llegar á la completa absorción del individuo por el Estado, por la gran minoría de los nulos y de los supérfluos que hacen de la política una profesión. El yo, el gran yo sin límites y sin freno que nosotros todos somos desde el nacimiento, y que seguimos siendo siempre en nuestro fuero interno,—ante el Estado es algo criminal. Nada más curioso que entrar con Stirner en la génesis del Derecho. «Por su origen—dice—el Derecho es un pensamiento que tuvo su origen en mí». En seguida señala cómo el Derecho en mí, se tornó una obsesión á la que mi conciencia se esclavizó. «De ahí el Derecho *absoluto*, des-

ligado, destacado de mí». La sentencia no se hace esperar: el filósofo arriesga de su vocabulario la palabra *Derecho*, como arriesga la palabra Estado y tantas otras.

Quando Stirner penetra en la sociedad política, se hace formidable. La moral de los partidos, los preconceptos, las imbecilidades de los políticos, las hipocresías, las perfidias, las perversidades que son los elementos capitales de la fortuna política—son vapuleados con tanta firmeza, que nuestra razón tiene que ceder á los golpes de puños tan poderosos. Y con esa franqueza, propia solo de los grandes espíritus, escribe Stirner períodos como estos: «Nuestro deseo de libertar al mundo de los lazos que impiden su libertad, no tiene origen en nuestro amor por el mundo, pero sí en nuestro amor propio; no obrando, por tanto, ni por profesión ni por «amor» los libertadores del mundo, nosotros queremos simplemente arrebatarlo al dominio de otros, y hacerlo nuestro; no es preciso que él quede esclavizado por Dios (la Iglesia), por la Ley (el Estado), pero es necesario que se torne *nuestra propiedad*. Cuando el mundo es nuestro, él no ejerce más su poder *contra* nosotros, pero sí *por* nosotros. Mi egoísmo tiene, por tanto, interés en emancipar el mundo, á fin de que él se torne *mi propiedad*».

El estado de naturaleza, que mucho se ha tentado contraponer al estado de sociedad, es este mismo estado desenvuelto. El hombre es sociable y social naturalmente; es decir, se halla ligado á otro hombre, en armonía con su semejante. No puede haber tal armonía desde el momento en que se verifica la existencia de dos castas de hombres: una que posee y otra que es poseída. Lo que nosotros queremos, no es esclavizar al que posee, pero sí libertar al que es poseído—de modo que, en una completa igualdad de condiciones, puedan ambos vivir en una sociedad en que haya armonía completa, en que no se alteren los intereses sociales. Lo que nosotros queremos, es la misma *asociación* de intereses,—que es la primera lección que aprendemos directamente de la naturaleza. Ora bien, esta misma *asociación* que es preciso restaurar, importará necesariamente la disolución de la sociedad política: es este nuestro gran objetivo.

Hasta hoy, la filosofía social ha girado dentro de un círculo vicioso. En cuanto pretendamos *reformular* el Estado, nada haremos. Lo que se impone como ideal supremo es la *eliminación* del Estado, para que el dominio del mundo sea del individuo, del *yo*, único sér intangible á quien corresponde ser dueño del mundo.

10.—En el capítulo final de esta última parte, Stirner hace la síntesis de toda la obra.

Comienza estableciendo una distinción entre los dos mundos que figuran en la histo-

ria: antes de Jesús y después de Jesús. El primero caracterízase por el dominio de lo real que los espíritus procuran idealizar: el segundo prefiere realizar lo ideal. Uno persigue el «Santo Espíritu» que vive en la Naturaleza; el otro proclama el «Cuerpo glorioso». «La oposición en que quedaron los dos mundos es absolutamente inconciliable y el uno no puede jamás tornarse en el otro: si lo ideal se volviese real, no sería más ideal, y si lo real se hiciese ideal dejaría de ser real». Sí: «la idea no puede ser realizada y permanecer idea; es preciso que ella *perezca* como idea». Lo mismo se puede decir de lo real que se idealiza. Para Stirner, los antiguos representan la *idea* y los modernos la *realidad*.

Continuando en el desarrollo y en la demostración de sus grandes postulados, afirma con una fuerza de subjetivismo extraordinaria y un enorme poder de sujeción: «En cuanto *existencias*, la Familia, el Estado, etc., no interesan más al Cristiano: los Cristianos no deben, como los Antiguos, sacrificarse por esas «divinas cosas»: estas no deben ser empleadas sino en hacer *vivir el Espíritu* en ellas mismas». Es curioso, es admirable acompañar al maestro, segregado de su tiempo y hasta extraño á los propios hermanos de raza, en la vasta síntesis que ante los ojos nos coloca. «La familia *real* tornóse indiferente (después del Cristianismo) y una familia *ideal* (verdaderamente real), de ella debe salir: familia santa, bendecida por Dios, ó en estilo liberal, *razonable ó racional*. Para los Antiguos, la Familia, la Patria, el Estado, etc., son *actualmente* divinos; para los Modernos, esperan la divinización y no son, bajo su forma presente, sino muy reales, muy terrestres: deben ser libertados, rescatados, y esta redención los hará verdaderamente reales». Eso quiere decir que no son más las grandes instituciones en que ha reposado la existencia y el destino humanos, que constituyen presentemente el verdadero principio regulador de las sociedades. Lo que dirige hoy toda la vasta conciencia del mundo es un inmenso y profundo *ideal*, surgido de todas las realidades de que hasta ahora no teníamos conciencia para percibir las y tanto menos para seguir las en su desenvolvimiento, efectuado en la esfera superior de las relaciones morales. Es este el ideal que las inteligencias han de aceptar como legítimo, *divino*—es decir, divino porque surge de lo verdaderamente *humano*.

Es un engaño el suponer que el Cristianismo inauguró en la esfera de las conciencias un período nuevo, enteramente destacado de los viejos tiempos. Él no hizo más que confirmar toda la antigüedad y comunicar un nuevo soplo de vida á las energías de que había vivido, hasta entonces, el espíritu humano. Lo que apenas se puede notar, es que todo se hizo desapercibidamente, tanto

que se puede decir que, aún después de abiertas las nuevas eras de negación—y por consecuencia, aún cuando el Cristianismo como forma comienza á declinar,—más fué el mundo entrando en el dominio de lo *divino*. El Cristianismo, pues, nada fué como religión. Como obra del espíritu humano, como acontecimiento de la civilización, el Cristianismo representa algo, y solo en este sentido—como intenso fenómeno de nuestro desdoblamiento moral—tiene que ser estudiado ahora. De suerte que aquello que él no pudo hacer como religión, lo ha de realizar como simple fenómeno de la psicología universal: quedará en la historia como factor—colocado en su tiempo, y no en su lugar—de nuestra obra terrena, desde que la obra celestial que pensó realizar, no pasó de ser una pura ilusión. «El Cristianismo comienza con la encarnación de Dios que se hace hombre y continúa toda su obra de conversión y de redención con el anhelo de hacer florecer á Dios en todos los hombres, en todo lo que sea humano; y de hacerlo penetrar todo por el Espíritu. Tiene por fin preparar en la Tierra una sede para el *Espíritu*. Pero, el Cristianismo intentó esa inmensa obra de un modo inconsciente, porque lo hizo todo con otras intenciones *aparentes*».

Es, por tanto, el Hombre, en toda la historia: lo único real; y es el supremo *ideal* que se *realiza* desenvolviéndose, desdoblándose en el Espacio, á través del Tiempo. El Hombre es lo único real, pues. «Él es,—dice todavía el maestro—verdaderamente real y corpóreo, pues que la historia es un cuerpo, cuerpo de que los individuos son apenas los miembros. El Cristo es el Yo de la historia del mundo, aún en los tiempos que preceden á su aparición en la tierra; para la filosofía moderna este Yo es el propio Hombre. La imagen de Cristo tornóse la *efigie* del Hombre, y el Hombre como tal—el «Hombre» reducido á sí mismo—assume su grande y augusta función de *centro* de la historia».

Es en esta magestuosa síntesis que el filósofo se revela como una inmensa irradiación de luz. Sus últimas palabras son solemnes: «Con el Hombre reaparece el *comienzo* imaginario, pues el Hombre es tan imaginario como el Cristo. El Hombre—yo de la historia del mundo—cierra el ciclo del pensamiento cristiano. El círculo mágico del Cristianismo se rompería si cesase el conflicto entre la existencia y la vocación, esto es, entre el *yo* tal como es y el *yo* como debe ser. El Cristianismo, por tanto, consiste en la aspiración de la idea á ser corporizada y desaparece desde el momento en que se llena el abismo que separa el cuerpo de la idea». Es así que, entendiendo Stirner, el Cristianismo subsistirá como *idea* que se constituyó en alma de todo el movimiento humano. Sea el hombre individualmente, sea la colectividad—la Humanidad—

no son más que ideas que se van corporizando.

Consiste en esto, toda la evolución de la vida, en el tiempo y en el espacio.

¿Habrá una filosofía que sea á un mismo tiempo, tan trascendental y tan clara? «La idea tornada corpórea, el Espíritu encarnado ó perfecto», fluctúan ante Cristo y le representan á la imaginación el «*día del juicio*», el «*fin de la historia*» sin nunca llegar á ser para él una cosa presente».

En eso está toda la grandeza de la obra terrena. No presente para la idea, porque la idea no es más que una afirmación continua de la tendencia universal que va de lo abstracto á lo concreto.

Desde el instante en que el ideal se hizo realidad, pasó á ser *ideal* del instante subsiguiente. Y por tanto, «el individuo es apenas parte en la edificación del reino de Dios, ó—en estilo moderno—en el desenvolvimiento de la historia y de la humanidad. Y es semejante participación la que le dá un valor cristiano ó—también en estilo moderno—humano: cuando más, el individuo es apenas montón de cenizas y pasto de gusanos».

Es claro que el Cristiano es todo eso sin saberlo. Lo mismo le aconteció á todas las religiones, a todas las sectas, á todas las escuelas filosóficas. Cada época vió á su modo, y obró según sus aptitudes; y casi siempre sin apercibirse de cuanto veía y de cuanto sabía y sin sospechar que fué tan vasto y excelente todo lo que fué sabiendo y lo que fué viendo. Solo ahora es que podemos tener ante nuestros ojos una síntesis de toda la obra del Cristianismo, pues es hoy que tenemos facultades para verla y comprenderla tal cual ella es. «Que el individuo, dice Stirner, es para sí una historia del mundo y que el resto de la historia no es sino su propiedad—eso excede al poder de vista del Cristiano. Para este, la historia es superior, porque es la historia de Cristo ó del «Hombre»; para el egoísta solo la *propia* historia tiene un valor, pues, lo que él quiere, es desenvolver á sí mismo y no el plan de Dios, los designios de la Providencia, la libertad, etc. Él no se considera como un instrumento de la Idea ó un recipiente de Dios; él imagina que tiene otra razón de ser que no contribuir al desarrollo de la humanidad; y júzgase dispensado, más bien dicho, no cree un deber, llevar á esa obra de desarrollo su óbolo; él vive su vida sin apercibirse de que la humanidad *saca de él prejuicios ó errores*». Estas últimas palabras del maestro son de un inmenso poder sugestivo. Stirner concluye su libro dándonos una prueba original, sorprendente, de su genio. El capítulo final, produce al espíritu del lector una especie de súbito deslumbramiento, como la gran rotura de una cortina que deja paso á un haz formidable de fulguraciones...

Con las grandes palabras finales terminaremos este breve estudio, proclamando á Max

Stirner como el penetrador formidable de la filosofía moderna; como el espíritu que va á regir la actividad de las inteligencias y de los corazones en el siglo XX: «Esta es buena!—piensa el individuo. ¿He de estar en el mundo para realizar ideas, para llevar por mi civismo mi piedra por la realización de la idea de Estado ó para dar mi matrimonio una existencia, como esposo y padre, á la idea de Familia? ¿Qué me quiere semejante vocación? Yo no vivo tras una vocación, más que la flor se abre y exala su perfume por deber. El ideal «Hombre» se realiza, pues, cuando la concepción cristiana se transforma y viene á ser: «Yo, este ÚNICO, soy el Hombre». Dicen de Dios: «Los nombres no te nombran». Lo mismo se debe decir DEL YO: ningún concepto me expresa, nada de aquello que se da como esencia mía me agota, y no

Amar la Vida

¿Quién no la ama? — se dirá. Y, sin embargo, allá en el Extremo Oriente, un millón de hombres se afana brutalmente por morir y matar; y lo que es aún más estúpido, por cuenta ajena.

No es amar la vida, almacenarse en pocilgas sin aire, sin luz, sin sol, como calabozos.

No es amar la vida, trabajar hasta el agotamiento de las fuerzas en una sola tarea, que atrofia, enferma y mata.

No es amar la vida, ser soldado, para trocarse el hombre en bruto.

No es amar la vida, cohibirla á los niños, amedrentándolos con la continua amenaza, pervirtiéndolos intelectual y físicamente, con los convencionalismos sociales, con los absurdos religiosos, con la fantochería autoritaria.

No es amar la vida, sacrificar el amor y la mujer á la miseria, al cálculo, á la ignorancia ó á la bestialidad.

No es amar la vida, ser presa constante del temor al burgués, al policía y al cura.

No es amar la vida, en fin, arrastrarla como esclavos, con todos los envilecimientos, pesadumbres y dolores consecuentes á tan bárbara condición, á la que nos hallamos condenados la inmensa mayoría de los seres humanos.

Y aún puede añadirse que no aman la vida tampoco los clérigos, militares, políticos, potentados, privilegiados de todas clases, porque todos ellos se colocan fuera del orden natural de las cosas, unos por imbecilidad, otros por orgullo, aquellos por relajación; de modo que quienes, al parecer, podrían hallarse en condiciones de estimar la vida, la sacrifican al delirio del poder, de la farsa, de la soberbia, con toda su escuela de vicios, hipertrofías y aniquilamientos.

Así, con sólo estos apuntes de nuestro estado social, se alcanza pronto el convencimiento

son más que nombres. Dicen también de Dios que es perfecto y no tiene ninguna vocación de tender hacia una perfección. ¿Y Yo? Yo soy el *propietario* de mi poder, y lo soy cuando me sé ÚNICO. En el ÚNICO, el poseedor vuelve á la nada creadora de que ha salido. Todo SER superior á MI, sea Dios ó sea el Hombre, se debilita ante el sentimiento de mi UNICIDAD, y empalidece ante el sol de esa conciencia. Si yo baso mi causa sobre MI, el ÚNICO, ella reposa sobre un creador efímero y perecedero, que se devora á él mismo, y puedo decir:

Yo no baso mi causa sobre nada.»

ELYSIO DE CARVALHO.

Rio de Janeiro.

miento de que, si esto es amar la vida, no podría hacerse mejor para aborrecerla, á la manera de aquellos amantes que exaltan su amor con el suicidio.

Podrá argüirse que el obrero que se afana por llevar pan á su esposa y á sus hijos; que la madre que no cesa en su fatigante y mal recompensada labor para allegar algo más para la satisfacción de las necesidades de su familia; que el pobre chico que emplea sus débiles fuerzas en una máquina para no ser tanta carga á los suyos; y la jovencita que se consume con la plancha ó la aguja día y noche, tanto esfuerzo se efectúa por la vida: como el banquero engolfado en sus combinaciones bursátiles, el general en sus planes estratégicos, el fraile en sus oraciones, el político en sus cábalas, el industrial y el comerciante en sus cuentas y porcentajes, se entregan á tales tareas para aumentar los goces de la vida; pero los unos no tienen momento de reposo, la angustia, la anemia ó la tuberculosis los mata; y los otros son presa de contrariedades sin fin, mortificaciones sin cuento, desesperaciones que acaban á veces con violenta muerte; y de todas suertes, resulta disgusto, fatiga, malestar, temor, perturbación, vida aborrecible.

No se ama, pues, la vida, la verdadera vida, tranquila, dichosa, conforme nos la ofrece la naturaleza.

El tema es muy viejo, muy tratado, y de sabido se olvida.

Ello es muy cierto; no tiene nada de novedoso el asunto, y se ha glosado con arte y ciencia superiores á mis pobres facultades; pero decidle al enfermo crónico que no se queje, que cansa; decidle al hambriento que no pida pan, que molesta, porque ello es ya muy sabido.

Cuando el hambre esté satisfecha, el enfer-

mo se cure, el hombre se liberte de todo yugo y servidumbre, es segurísimo que no se repetirá la nota quejumbrosa, la exposición de los andrajos y la exhibición de las insolencias; no cansará la vista leer tantas veces la tragedia humana; no fatigará el oído la repetida y tétrica canción del condenado á muerte.

No quiero saber ahora cómo se han producido tantos males, ni quiénes son los culpables; tampoco pretendo indagar por qué, conociendo el mal, no se ha aplicado el remedio, ni por cuáles causas no se restablece la sana normalidad del cuerpo social. Solamente quiero ver esto: *qué no se ama la vida*; ó bien, que *no se sabe amarla*.

Todos los seres que pueblan nuestro globo, desde el musgo al roble, desde el infusorio al elefante, se agitan por vivir y vivir lo mejor posible, porque sólo aman la vida; únicamente el ser superior, el más inteligente de la creación, el hombre, se afana por la muerte; y conociendo mejor que los otros seres lo que es vivir y morir, destruye su existencia, sabiendo que la destruye.

Si se produjera una clase de seres superiores á nosotros, que nos juzgara, nos había de considerar como locos incurables, degenerados dignos de toda conmiseración; había de juzgarnos como nosotros juzgamos á los cretinos, á los idiotas sin luces para distinguir el buen camino del en que se suceden los abismos.

¿A tal extraña locura hemos llegado, que nos preciamos de cuerdos sufriendola!

«La vida es el conjunto de funciones que resisten á la muerte», según Bichat; y nosotros ejercitamos con ahínco todas las funciones que resisten á la vida.

Para vivir bien, se necesitan amplias, aireadas habitaciones; mucho sol y espacio; alimentos sanos y suficientes; trabajo higiénico y recreativo, adaptado á la naturaleza de cada uno; instrucción integral y positiva; tranquilidad y alegría; que los recursos de la ciencia estén á disposición de todos, porque es la experimentación de todos para mejorar nuestra existencia; y que el arte la embellezca con todas sus gracias, como conquista de todos, por nuestra perfección del sentimiento de la belleza, de la bondad y de la cultura; esto es: vivir de conformidad con las leyes naturales, ineludibles, so pena de enfermedad y de muerte; y también conforme los preceptos científicos y artísticos, disponiendo de los valiosos medios que nos ofrece el arte y la ciencia, porque ellos son adquisiciones que hemos hecho á fuerza de meditar acerca de la naturaleza y sus grandes propiedades, pudiendo fácilmente lograr el soñado paraíso terrestre, si la gran locura no nos alterara el buen sentido natural de las cosas.

Y bien: nada de esto hacemos ni poseemos. Lo que ingerimos por alimentos suele ser un veneno; en vez de sol y aire, sombra y putre-

facción; por trabajo higiénico, tenemos anquilador castigo; por instrucción el barbarismo; por ciencia la estupidez; por arte la monstruosidad; el dolor suple la alegría; la bestialidad y aun el odio sustituyen al amor; se lanzan criaturas al arroyo cual animales inmundos; jóvenes al lupanar; madres al hospital, al hospicio ó al pudridero; jóvenes fuertes á la guerra y á la muerte; y todo lo que se bebe, se come, se respira, se hace, hasta lo que parece recreo, es veneno, corrupción y muerte.

¿Y esto es amar la vida? Entonces, por muy viejo y natural que sea, debemos insistir, insistir siempre, hasta volver la razón á todos los locos, que es menester amar la vida, amarla cual pueda mejor amarse á los veinte años á la mujer más bella y buena y seductora.

Es preciso educar á todos el sentimiento de lo bello, ya que cuesta tanto el de lo verdadero, para que se tenga asco, irresistible repugnancia, horror á lo feo, desde la oscura vivienda á la palidez de la joven física; desde el amontonamiento hediondo del cuartel al pestilente y asqueroso campo de batalla; desde el rapazuelo descalzo á la vieja haraposa; rebelarse contra toda fealdad, que es también contra toda injusticia; y queramos el arte espléndido, alegre, en nuestras moradas, y la belleza en todo.

No faltará quienes sostengan que esto todos lo queremos; pero que es imposible.

Esa imposibilidad debe desterrarse de la mente, como una preocupación fatalista, ya que si queremos ver, ni la naturaleza, ni la ciencia, ni el arte se niegan á su indudable realidad.

Lo que hay es que padecemos del mal de la resignación, que nos legaron absurdos religiosos de antaño, y aun creemos en la predestinación de que nacemos unos para esclavos y otros para señores, á pesar de haberse proclamado muy alto la igualdad y la soberanía de la razón.

Si hay quienes se proporcionan todas las comodidades de la vida, es que hay posibilidad de obtenerlas; y lo que es factible por unos, puede ser hacedero para todos; y si la naturaleza no distingue entre unos y otros, ni la ciencia clasifica, ni el arte personaliza; ¿por qué no exigir, querer todos ese patrimonio natural, científico y artístico?

El error inicial heredado nos mantiene torpes: por esto, en vez de querer casas lindas y espaciales, pedimos hospitales y cárceles; en lugar de alimentos sanos, trabajo durísimo; en vez de arte y ciencia, templos y cuarteles; en lugar de hacer lo que más nos agrada, reclamamos leyes arbitrarias.

La humanidad ha trabajado sin cesar para que pudiéramos vivir perfectamente bien, legándonos rico patrimonio, que se nos detenta; reclamémoslo, tomémoslo, para disfrutarlo, y también aumentarlo para legarlo á nuestros

hijos, cumpliendo la ley de la solidaridad humana.

Desterremos de nuestro cerebro las preocupaciones que nos abruma, resabios del salvajismo; hagamos honor á nuestra pretensión del ser más consciente y elevado; y exaltando nuestra razón, nuestra bondad, nuestro amor, amemos fieramente la vida que la naturaleza nos ha dado, y gocémosla con aquella franca

La mujer

(Del croato, de Silvije Strahimir Kraujcèvic)

En un tiempo remotísimo, habitaban en un desierto, solas, dos hermanas.

Todo á su alrededor era quietud y soledad, y parecía que esta pesaba también sobre sus labios.

Las dos hermanas se contemplaban taciturnas y en sus miradas mudas, había como una pregunta continua: *¿cuándo?* De repente, aquella sempiterna paz fué rota por un lamento. Parecía que lejos, muy lejos, lloraba la humanidad.

Y luego de nuevo reinó un silencio profundo, pero que era más aterrador que un grito infernal. Era un silencio semejante á aquel en que reposa el corazón aplastado.

Una lágrima de acerbo dolor, humedeció los ojos de las hermanas.

—Voy—susurró la primera, y partió hacia aquel lugar de donde el grito surgía.

Un plácido crepúsculo comenzaba á descender sobre la tierra. Ella caminaba, y los últimos rayos del sol, la besaron sobre la frente. Se detuvo ante un hombre; alrededor de él, la sangre corría á ríos; yacían cadáveres quietos é inmóviles, como si durmieran.

—Quién eres tú? rugió el ser, ávido de sangre.

—Yo soy el Amor, y tú?

—Yo soy el Tirano! Qué me traes?

—El perdón de tus pecados.

—Qué! ¿el perdón? El perdón de los esclavos, la gracia? Vete, no necesito de este presente. Lo desprecio.... Y le lanzó con furia el cuchillo, pero hirió el escudo de su propia potencia. La diosa del Amor se alejó dolorida, con paso presuroso. Cansada, se sentó junto á un peñasco, y lloró.

Y aquella dura piedra miraba á la pobre diosa venida allí en busca de paz y reposo. La miraba, y quería saber qué dolor la afligía.

—Por qué lloras?—preguntó la piedra.

—Lloro por causa de los hombres.

—¿Por causa de los hombres? ¿Y por qué?

y sublime alegría del niño que al despertar contempla el hermoso rostro de la madre que lo amamenta, que le lleva el rico elixir de la vida.

No seamos torpes.
¡Amemos intensamente la vida!

PELLICO.

—Porque encontré entre ellos algunos que no saben qué cosa sea el deber. No conocen el amor, insultan á las víctimas, y nada comprenden. Compadezco á los hombres, piedra mía!

Y se movió la piedra; luego preguntó: —Puedo yo hacer algo por ti?

—Puedes. Deja surgir de ti una fuente de agua y aplaca la sed de los sedientos.

—Que yo aplaque la sed?

—Sí, pero acuérdate que tu misma fuente te corroerá.

—Y bien, que me corroa, con tal que beneficie!—respondió la piedra

¿Cuántas lágrimas derramaron aquella noche las dos hermanas, cuando se encontraron y se reunieron en un estrecho abrazo! —¿Qué has hecho en el mundo?—preguntó la Poesía, vuelta hacia su hermana la diosa del Amor.

—Nada, nada—sollozaba la mísera diosa; he conmovido á la piedra, pero no al hombre.

Se fueron las dos, unidas. La primera aurora saludaba al mundo, cuando entraron en un jardín encantador. Bajo un lauro, un ángel, un ser divino, dormía un sueño inocente.

—Quién es?—preguntó el Amor.

—Es el alma de la Humanidad, es la esperanza de su porvenir, es la Mujer.

Ahora es niña para entusiasmar, será amante para ennoblecer, esposa para confortar, madre para educar, vieja para aconsejar. ¿Deseas beneficiar á la humanidad? Ennoblece la Mujer!

Sonriente de gozo, cayó el Amor sobre el seno de la Poesía, y el primer rayo del sol de oro, refulgió triunfador sobre la Tierra!

Traducción de

R. KATALINIC-JERETOV.

Crónica Internacional

Alemania y Rusia

M. Percival Gibbon, en el *Daily Mail* se esfuerza en demostrarnos que la única de las potencias europeas que tiene intereses paralelos á los de Rusia, es la Alemania, y que si aquella, en la hora de la crisis que se le aproxima á grandes pasos, puede contar con los buenos oficios de una potencia cualquiera, esta no podrá ser más que su gran vecina del Oeste.

En efecto; las cosas han cambiado mucho después que el Czar fué á París á hacer del *vodka* el licor á la moda, de los valores rusos, la colocación favorita de los ahorros de Francia, y de la Rusia autocrática la aliada de una república democrática. Y este cambio, será atribuido por los historiadores del futuro, á la acción personal del rey Eduardo.

Hace tres años, la Inglaterra se encontraba aislada en el mundo y veía agrandarse cada día, como una amenaza permanente para su seguridad, el poder naval de Alemania. Hoy día, los papeles se han invertido: Inglaterra no está ya aislada, Alemania se ha aislado cada vez más, y la famosa Triple alianza, aún cuando continúe escrita sobre el papel, ha cesado de tener una existencia virtual.

Eduardo VII, según el artículo de M. Gibbon, ha conseguido captar para Inglaterra, las simpatías de Italia y Austria, en menos tiempo que el que necesitaría un *attaché* de embajada para redactar un preámbulo.

Á partir de este momento, la Alemania ha debido darse cuenta de que todo proyecto dirigido contra Inglaterra no obtendría la aprobación de sus aliados.

El daño de una *entente* franco-alemana, no ha existido jamás; pero la alianza franco-rusa era una cosa basada muy exclusivamente sobre consideraciones de francos y de céntimos, de rublos y de kopeks para constituir una amenaza cualquiera á las fronteras de Alemania, de suerte que este país continuaba siendo, en su aislamiento, un peligro formidable para la seguridad inglesa. Fué entonces que ese golpe maestro de diplomacia fué dado: la resurrección de la *Entente Cordiale* que estableció entre Francia é Inglaterra una amistad llamada á convertirse de día en día más estrecha.

Mientras tanto del Este, de donde nos viene la luz, un nuevo elemento vino á turbar el curso de las relaciones internacionales. Dos potencias europeas, la Rusia y la Ingla-

terra, poseían ya en esos parajes intereses considerables; una tercera potencia, la Alemania, estaba deseosa de conquistar análogas ventajas. Y finalmente el Japón, recién nacido á la civilización, recientemente armado, intervino para declarar que en esas regiones, la expansión occidental debía detenerse, y sus avanzadas retroceder.

Un conflicto, en estas condiciones, era inevitable, y centenares de motivos han cooperado para que le tocara á Rusia soportar el peso de ese conflicto. Las batallas han venido, y ellas, invariablemente, han sido ventajosas para el Japón, el cual, con cada golpe que dió á Rusia, la debilitó, dejando en cambio á China más asegurada contra la eventualidad de un desmembramiento, y á la Alemania más alejada que nunca de la influencia, de los intereses y de la supremacía que desea.

Después, los hombres de Estado de Alemania no pierden ocasión de demostrar sus simpatías á Rusia, buscando con ansiedad un medio de sacarla de la situación desastrosa en que se encuentra actualmente, antes que esta situación no se haya puesto peor. De aquí las tentativas de mediación atribuidas á Guillermo II y á los que le rodean.

En los círculos de Berlín se insinúa ya que en el reciente viaje de M. de Witte á la capital alemana, se habló mucho y que las conversaciones no se limitaron solamente á las tarifas aduaneras á aplicar á los productos agrícolas de ambas naciones... Se consideraría, en Alemania, la demolición de la alianza franco-rusa, como una debida respuesta á la *Entente Cordiale*, y en San Petersburgo se estaría asaz inclinado á aprobar tal solución.

Y de esto, resultaría una agrupación algo más armónica de los elementos internacionales. Países tan democráticos como la Francia y la Italia, que solos, con Inglaterra y Estados Unidos han rehusado adherirse al abominable proyecto de Plehwe sobre la extradición de los refugiados políticos, no tendrían más su suerte ligada, la una á la autocrática Rusia y la otra á la reaccionaria Alemania. Una alianza anglo-latina, representando el progreso y la libertad, se formará, automáticamente por decirlo así, en oposición á la combinación germano-eslava que ha representado siempre el espíritu reaccionario y antiprogresista más inveterado.

Tanto mejor!

La política de la bomba

Los lectores de FUTURO saben que, hace poco tiempo, un espantable y odioso atentado ha sido cometido en Barcelona. De los veintidós heridos de la explosión de la calle Fernando, varios han sucumbido á sus heridas y el estado de muchos otros muy poco deja que esperar; es decir que, en magnitud, el atentado de la calle Fernando solo es comparable á la catástrofe de Cambios Nuevos, en 1896.

Antes de entrar en consideraciones respecto á la catástrofe que ha cubierto de duelo á tantas familias,—en su mayoría obreras,—de la gran ciudad catalana, pido permiso para afirmar aquí una proposición de cuya exactitud estoy absolutamente cierto: La «propaganda por el hecho», una doctrina bajo cuya protección, hace una decena de años, ciertos elementos justificaban el empleo de bombas y explosivos en la lucha social, es hoy día repudiada casi sin excepción por los anarquistas del mundo entero; además, esta repudiación no ha sido en ninguna parte tan vigorosa como en España, donde los numerosos elementos libertarios se han enteramente adherido á la acción colectiva, principalmente sindicalista, y á la propaganda de su doctrina por medio de la palabra y de la prensa, afrontando todos los peligros que semejante agitación, en un país tan arbitrariamente gobernado como España, ha siempre presentado á sus protagonistas.

Preguntad á un obrero español lo que piensa de un individuo que preconiza el empleo de la dinamita, y su respuesta no podrá ser más que esta: «Un loco, ó un individuo al servicio de la policía».

Sabido que los casos de alienación mental en Barcelona no son más numerosos que en otras partes; ¿cómo explicar la frecuencia de los atentados *soidissant* anarquistas en esta ciudad?

Pues simplemente porque ellos son organizados por la policía: yo tengo la convicción firme é inquebrantable—que no se basa solamente en impresiones, sino en hechos irrefutables. Esta opinión no es mía personal; pues es compartida por numerosas personas al corriente de las artimañas político-policiales españolas.

Sociología

La sociología y la historia

Del *American Journal of Sociology* (Julio 1904), sacamos las siguientes consideraciones de Ch. Seignobos sobre las relaciones entre la sociología y la historia en general.

El Liberal, asegurando que en esto se hace eco de la opinión pública, declara que la frecuencia de las explosiones y de los hallazgos de bombas, hace pensar menos á las consecuencias de un complot anarquista que á la continuación de la serie de petardos interrumpida el año pasado con el arresto de ciertos individuos bien conocidos por sus relaciones con personas investidas de autoridad.

«Y, mientras en la Cárcel Modelo, obreros que profesan ideas radicales sufren más de dos meses de rigurosa incomunicación, se pueden ver entrar y salir del Palacio de Justicia á todas horas, á individuos á quienes nadie molesta pero que la opinión señala como responsables de los delitos que á esta hora se trata de perseguir».

La Tribuna, después de haber declarado que estos delitos no tienen el origen que se les señala en las regiones oficiales, y que el descubrimiento de la verdad, á este respecto, no sería imposible si se encargaran á hombres honestos é íntegros, concluye así un artículo de fondo singularmente significativo: «Y, si hay necesidad de precisar más, nosotros precisaremos!» Inútil; todo el mundo en Barcelona comprendió las insinuaciones de *La Tribuna*.

Diez años antes del atentado de la calle Cambios Nuevos, en 1896, yo había ya repudiado, en diferentes congresos obreros, los atentados á dinamita, que siempre he calificado de odiosos y estúpidos. Esto no impidió á la policía de Barcelona, de arrestarme con los cuatro cientos y tantos sospechosos y de ser encerrado con ellos en Montjuich, escapando por milagro á la tortura que hizo *confesar* á otros, tan inocentes como yo, de haber participado al atentado. Más tarde, fué probado que esta explosión fué la obra de un hombre pagado por el teniente Portas, de la guardia civil, y la prueba fué llevada á la tribuna de las Cortes. Esto, sin embargo, no impide, que el celoso Portas haya sido ascendido á capitán.

TARRIDA DEL MARMOL.

Comenzando por una definición, debemos entender por *sociología* un conjunto de nociones y de conocimientos exactos que tienen por objeto al hombre viviendo en sociedad,

Al par de la biología, la sociología consiste en dos sucesivas series de operaciones: 1.º, en un conocimiento empírico, descriptivo de los objetos de investigación, análogo a la zoología y a la botánica; 2.º, en una ciencia abstracta de las leyes generales de los fenómenos sociales, análoga a la Biología.

La historia general nos interesa en cuanto nos proporciona el modo de conocer todos los hechos sociales pasados que nosotros no podemos hoy observar directamente. Ella es solamente un método de investigación usado en ausencia del método normal—la observación directa. La palabra *historia* tiene un doble significado: *método* de estudio sufragado por documentos, y *conocimiento* empírico de los fenómenos sociales transcurridos.

La sociología tiene necesidad del conocimiento *del pasado*, sea para completar su inventario del mundo social, sea para estudiar la evolución de la sociedad; apoyando así los fenómenos sociales actuales sobre la base de investigaciones históricas.

El método histórico,—método indirecto documentario—debe, por tanto, ser usado con todas las cautelas del criticismo. Se podría, en breve, decir que la historia está en relación con la sociología, como la paleontología con la biología.

¿Qué servicios, por otra parte, da a la historia el estudio directo de los presentes fenómenos humanos? En las otras ciencias descriptivas subsiste una realidad material, que sirve como marco y urdimbre de la ciencia; pero, en el caso de la historia, no hay tal punto de partida concreto. El historiador debe representarse imaginariamente los hechos de que trata su ciencia, y muchas veces inconsistentemente, interpreta estos hechos a la luz de lo presente, de la sola sociedad que direc-

El individuo y el determinismo social

De la *Revue de Bibliographie française*, traducimos el siguiente juicio del doctor Albert Ferencz sobre la última obra de D. Draghicesco, el ilustre profesor de la Facultad de letras de París, sobre *El rol del Individuo en el Determinismo social*:

«Es difícil de entender, el que, en el dominio de la ciencia sociológica contemporánea, no se ha hecho más que tomar como punto de mira, términos y concepciones en que la oposición ha podido parecer muy irreductible. Según se opine, ya por la voluntad espontánea, ya por el determinismo histórico y sociológico; según se hable en el sentido individualista ó en el puramente social; según, en fin, se atribuya el progreso humano a la evolución de la masa social, se es sistemáticamente clasificado entre los filósofos ó entre los sociólogos como individualista ó como socialista. Los unos confunden las ciencias subje-

tivamente conoce. Ahora bien; es precisamente de la sociología que él debe sacar el plan sobre el cual los hechos históricos puedan ser agrupados; es la sociología que le proporciona los medios de dar a las diferentes especies de fenómenos estudiados, una diferente y proporcional importancia, que varía de época en época. La sociología sirve también de gran ayuda a la historia, porque integrándose una ciencia con la otra, puede ser hecha una completa é inteligible exposición de los datos de hecho relativos a cada constitución social pasada, y—con el método comparativo de las diferentes evoluciones,—pueden ser halladas las causas de los cambios sociales.

Así, la sociología y la historia cámbiase mutuamente los siguientes servicios: 1.º, en el método de trabajo: la historia el método de análisis, la sociología el de la síntesis; 2.º, en el material del conocimiento: la historia el conocimiento de las evoluciones pasadas, la sociología el conocimiento de las causas, deducido de la observación de la sociedad actual.

Hasta que la sociología no haya definido bien su propia terminología, será necesario que la historia reserve para sí la suya. Si hoy, un historiador, debiese adoptar la terminología de una determinada escuela sociológica, no haría otra cosa más que complicar el trabajo de los demás. La historia, entre tanto, que nos haga ver claros los hechos con lenguaje común, que pueda ser comprendido por todo el mundo y—evitando las abstracciones—dé a las palabras un significado preciso y concreto; mientras la sociología cumplirá su obra de formular las leyes generales de los fenómenos sociales.

tivas del hombre y de la sociedad, con las ciencias del mundo objetivo, y emplean abusivamente el método objetivo en las investigaciones subjetivas. Los otros excluyen, casi completamente, la importancia del Estado, de la Escuela, de la Iglesia y en general de toda disciplina ó educación, y no tienen en vista en el exámen constante del individuo, más que aquello que les parece propio a este.

Mr. Draghicesco, en su reciente obra sobre *El rol del individuo en el determinismo social*, tiene el mérito de haber emprendido una crítica documentada, de la extraña posición de los problemas sociológicos y de haber sabido oponer y clasificar las ideas y los investigadores para mejor hacer resaltar la necesidad de una nueva orientación en los estudios de sociología. Este mérito es tanto más serio, cuanto que, ensayando la justificación y, de alguna suerte, la *legitimación* del rol de cada una de las concepciones en lucha, Mr. Dra-

ghicesco ha podido dar un paso, quizás decisivo, hacia una conciliación y una unidad de esfuerzos intelectuales que se impongan en sociología quizás mejor que en biología y en muchas otras ciencias nuevas.

Mr. Draghicesco explica cómo la necesidad histórica y social no se realiza más que por la Voluntad, es decir, por la voluntad de los hombres preeminentes que, habiéndose confundido con la masa, interpretaron y encarnaron sus aspiraciones.

Llevado a definir las relaciones de la psicología, Mr. Draghicesco ha mostrado valientemente el poco progreso de estas dos ciencias. Es que tanto las leyes psicológicas co-

El arte para el pueblo

Las casas para obreros y los edificios donde el pueblo concurre (escuelas, edificios públicos, bibliotecas, estaciones, almacenes), hoy son de lo más horrible que se puede ver en materia de estética. Se diría que el pueblo, habituado a vivir entre harapos, que—¡oh bondad!—los señores le regalan después de haberse servido, haya perdido todo sentimiento estético y sienta los goces de la belleza tal como un ciego de nacimiento gusta de los colores.

¿Qué cosa no hay más horrible, que el tugurio del obrero, con sus muebles de bazar que llevan impresa, en forma indeleble, la marca de fábrica del mal gusto y de la deformidad?

¿Qué cosa más horrible que el interior—y muchas veces el exterior—de los edificios y oficinas públicas, cubiertos por una vieja capa de polvo, incrustados de mugre, y poblados por una muchedumbre de muebles de líneas las más vulgares y desagradables que jamás se hayan visto?

El Arte, hasta en sus manifestaciones más modestas, no existe para el pueblo, el cual está forzado a vivir acorralado en su horrible miseria, lejos de todo placer estético. Y sin embargo, todos sienten las gracias de lo bello y la fascinación de la armonía... El arte como el aire y la luz, debía ser a todos distribuido, y el pueblo, en sus casas y en los edificios donde se reúne, debería estar rodeado de las armónicas líneas de la belleza, en vez de ser arrastrado por el fango de lo horrible que hoy nos circunda.

Es ya tiempo que el arte y la belleza sean distribuidos a todos, como la vida; que penetren doquiera, sea en casa del obrero, sea en la escuela, en el hospital, en los edificios todos donde el público se da cita.

Y este material, hoy deformado y embruteado, tiene que ser renovado de pies a cabe-

mo las sociológicas, fueron defectuosas hasta el presente. Este defecto se explica, dice el autor, por el hecho que la realidad psíquica y social, es decir el progreso, es de muy reciente data.

Muy interesante es la segunda parte de este trabajo, donde se encuentran aclarados por un nuevo punto de vista, la relatividad de los fenómenos de conciencia, y el proceso social sintetizador. Más sujetos a discusión, pero no menos interesantes, son algunos de los últimos capítulos, aquel por ejemplo concerniente al rol de la pedagogía en la cohesión mental.

za, tiene que ser transformado a una nueva vida. Las fachadas de las casas obreras, como ocurre ya en Bélgica, en Holanda y en Inglaterra—en vez de ser teñidas con una sucia tinta de cal y de miseria, podrían ser artística y decorosamente adornadas con fragmentos de madera, de baldosas de color, de esmaltes y de terracotas, ó, á ser posible, diseñadas á grafitos simples, armónicos y atrayentes.

El mismo tipo de decoración á grafito ó á mayólica, podría adornar—como ya se ve en París, en las carnicerías sobre todo—las tiendas populares, que hoy representan el máximo esfuerzo... de la fealdad y de la repulsión. La oficina pública, después que un soplo devastador la abatiese junto con sus muebles deformes, con sus corredores enmohecidos, sus empapelados desgarrados y horribles, debería de resurgir como ha resurgido la Bolsa de Amsterdam ó la *Maison du Peuple* en Bruselas, ó la *Casa de los diamantistas* de Amsterdam: un mlagro de simplicidad, de armonía, de belleza, que llevan al ojo y al espíritu un inolvidable goce. Es preciso haber visto uno de esos tres edificios, de los cuales dos,—la *Casa de los diamantistas* y la *Maison du Peuple* son netamente socialistas y fueron edificados por el pensamiento y la obra socialista—para comprender qué enorme progreso traerá la introducción del arte en todos aquellos ambientes que la sociedad de hoy se complacía en dejar ahogados en las tinieblas de la fealdad, de lo indecente, de lo deforme y de lo horrible.

Y esta introducción,—más bien dicho esta invasión—del arte del pueblo, lejos de detenerse en la decoración y en la línea externa de los edificios públicos de todo género, de las tiendas y de las casas obreras, debe penetrar en el interior y animar con su soplo—como ya ha comenzado á hacer en los países del Norte—los muebles usuales y los objetos todos de uso familiar.

Hoy el obrero amuebla su casa comprando lo necesario en un horrible almacén en que todos los muebles — y también la burguesía hace, más ó menos, la misma cosa, — llevan impreso el sello de la fealdad. Cuando el obrero empapela las paredes de su casa, no hace más que poner á su alrededor un tinte de color donde falta toda belleza y armonía. Ningún ornamento adorna las paredes de su habitación ó su mueblaje; ni siquiera el más pequeño objeto artístico sobre los muebles.

Y sin embargo, la casa del obrero podría ser animada por un soplo de arte, *sin que su inquilino gastase más que aquello que gasta para tener una casa horrible.* — ¡Sueño! Ideal imposible!

Y sin embargo, la cosa se ha realizado. Ved. Se ha puesto ya sobre los muros de las casas obreras, en vez de los acostumbrados papelotes horribles, un papel unido, con un solo motivo de decoración, que corre de arriba abajo. Trátase de una calidad de papel barato que se adapta al modo más económico de imprimir los dibujos: el precio, pues, no es más alto en relación al de los papeles habituales.

Si no se quiere ó si no se puede poner papel á las paredes, que se blanqueen á cal, con una ligera transparencia azulada ó amarillenta, y que el motivo decorativo en cuestión se pinte á la aguada, por medio de una lámina de cartón calada, de arriba abajo de la pared, y de diversos colores. Esto mismo se hace hoy en casa de los pobres, solamente que los colores son nauseabundos. Y aún más todavía. En las paredes pueden fijarse las estampas á colores que hoy algunas casas editoras — especialmente del Norte de Europa — comienzan á poner en circulación. Son estampas inspiradas en un verdadero sentimiento artístico y que se pueden conseguir por treinta ó cuarenta sueldos. Su colocación en las paredes dan, por la variedad de colores, un efecto sorprendente y son de una encantadora potencia decorativa.

Sobre los muebles, con pocos sueldos, se podrían colocar yesos que son hechos hoy con un verdadero sentimiento artístico y que reproducen todas las principales obras de la estatuaría.

En París se puede conseguir un facsimil del *Inconnue* de Donatello, del Museo del Louvre, por cincuenta centésimos. Los vasos y las porcelanas ordinarias que en ciertas localidades como Caltagirone en Sicilia, la Nièvre ó la Normandía en Francia, se fabrican para los campesinos, y que no cuestan

más que de cinco á doce sueldos por pieza, — como ser ánforas, platos rústicos, lámparas, floreros, etc. — pueden servir como *bibelots* de decoración para colocar sobre los muebles, sobre la chimenea, ó para colgar de las paredes.

Y el *aviso* — el aviso artístico, que en todas las librerías se puede conseguir barato — que un pintor de talento ha dibujado para la *réclame* de tal ó cual cosa y que generalmente representa... algunos metros cuadrados de dibujo verdaderamente artístico y bello, que la máquina rotativa ha multiplicado sabiamente hasta el infinito — ¿no puede tener su lugar sobre la pared de la casa obrera, formando así una alegre decoración que reemplaza — para el pobre — el tapizado multicolor?

También los muebles deberían seguir tal revolución — como ya lo han hecho en casa de obreros en muchas localidades de Bélgica — bajo la impulsión socialista. Con pocas tablas rústicas, pero ajustadas de modo que las líneas sean armónicas, se construye un mueble que puede contener un sentimiento artístico inolvidable. Serrurier de París, — especialista en tal materia — ha expuesto últimamente en la *Exposition de la Libre esthétique*, un modelo de habitación para casa obrera, toda de madera rústica, á líneas derechas; simple madera, en una palabra, pero animada de una armonía que enamora y que no se encuentra siquiera en casa de los ricos. Las decoraciones murales son pintadas á estampa, sobre fondo blanqueado á cal; los vasos, los platos, jofainas y otros objetos semejantes, no son más que *poteries* rústicas de Nièvre; cortinas, alfombras, carpetas, etc., son telas simples con dibujos nuevo estilo, hechos á estampa. Y apesar de toda esta simplicidad azar económica, el conjunto presenta un aspecto de belleza que anima y encanta.

Cuando, bajo el impulso poderoso de la propaganda socialista se harán ó se adoptarán las casas para el pueblo; los sindicatos y las ligas de carpinteros y de trabajadores en madera podrán, — sobre modelos de arte simple y armónica ó sencillamente sobre modelos rústicos, — construir muebles que se inspiren en el nuevo espíritu del arte, y que embellecerán la casa obrera en vez de hacerla más fea y más deformada, como hoy sucede.

NIX.

(Avanti! della Domenica).

A un revolucionario vencido

¡Valor, valor aún, oh hermano ó hermana; lo que seas!

Levántate! La libertad quiere ser servida, suceda lo que suceda!

Nada es que ella sufra una ó varias caídas; Nada es que sea herida por la indiferencia, por la ingratitud de los pueblos, ó por cualquier traición;

Ni por el aspecto de las garras del poder, ó por los soldados, por los cañones; por el código penal.

Aquello en que nosotros tenemos fe, espera silencioso, y siempre, y en todos los continentes, en todas las islas y archipiélagos;

Aquello en que nosotros tenemos fe, no invita á nadie, no promete nada, vive recluido en su tranquila luz; es seguro, y decoroso, y no conoce debilidades.

Y espera pacientemente: espera su hora.

(Estos himnos míos, no son solamente himnos de lealtad, sino también de rebelión;

Yo he jurado ser el poeta de cada rebelde intrépido que se eleve en el mundo;

Quien viene conmigo, abandone la paz y el camino común.

Y dispóngase á jugar su vida á cada instante).

2

Nuestras batallas se emprenden al son de fragorosos á LAS ARMAS!; hay una frecuente serie de victorias y retiradas.

Cuando triunfa el infiel, ó supone que triunfará, entonces la prisión, el patíbulo, las esposas, las coyundas de hierro, las cadenas, las balas de plomo ejercen su obra;

Héroes célebres y oscuros pasan á otras esferas;

Marchan abandonados y enferman en remotas comarcas grandes oradores y escritores;

La Causa parece adormecida; las gallardas gargantas están mudas, sofocadas por su misma sangre;

Los jóvenes bajan hacia la tierra sus ojos, cuando entre ellos se encuentran; — sin embargo, con todo esto, la libertad no ha desertado su puesto, ni el infiel ha entrado en pleno dominio.

Cuando la libertad deserta, no es la primera en desertar; ni es la segunda ni la tercera;

Ella espera que todos hayan desertado; y entonces, la última de todos, se marcha.

Cuando ya no existirán memorias de héroes ó de mártires,

Cuando toda la vida, todos los espíritus de los hombres y de las mujeres hayan abandonado toda misión terrenal,

Entonces, sola, la libertad ó la idea de la libertad abandonará esta parte de la tierra;

Solo entonces el infiel entrará en el pleno dominio.

3

Valor, pues, oh revoltoso ó revoltosa, lo que seas!

Hasta que todo no acabe, tampoco tú has de acabar.

Yo no sé para qué cosa tu eres (ni tampoco sé yo para qué cosa soy yo, ni para qué cosa es cualquier cosa);

Pero yo busco á esta cosa con diligencia, aún vencido,

Aún en las derrotas, en la pobreza, en la cárcel, entre las garras de la calumnia; porque sé que ella es grande.

Pensamos nosotros si es grande la Victoria? Tal es; pero es también grande la derrota, aún cuando no pueda ser vengada;

Y grande es también la muerte y el desaparecer del alma.

WALT WHITMAN.

(Traducción libre de E. B.)

Bibliografía

Canciones de la Vida, por Juan Más y Pi. — Edición de "El deber cívico", Melo, (Uruguay).

En medio de las muchas incorrecciones de forma y de bellezas de estilo de algunas composiciones, se desprende de la obra de MAS Y PI un poderoso hábito de vida sana y potente que sugiere y conmueve.

Aunque la heterogeneidad de asuntos tratados en tan pocas páginas, da á la obra

cierto aspecto de confusión, eso no quita para que no dejemos de admirar lo que en la obra hay de bueno, que es lo bastante para poder darnos muchas esperanzas respecto al talento del autor.

Estamos seguros que *Canciones de la Vida*, como muchas otras obras hijas de tempera-

mentos rebeldes á todos los dogmas, será recibida friamente por la crítica oficial.

Como para esta la *forma* es lo primero, lo único quizás á que hay que atender, los versos de MAS Y PÍ serán considerados como una herejía á la Santa Retórica. Pero, para el autor, como para nosotros, antes que la *forma* está la fuerza natural, espontánea, verdadera del alma que deja estampada su huella, tal como ella es—ruda, brutal á veces, pero siempre sincera y *propia*. Y sobretodo y ante todo, tenderá á un fin huma-

no: cantar las tristezas del alma, lastimada por el dolor de todos; externar las alegrías del yo, exaltado de pasión ante el espectáculo siempre bello de la vida; pronosticar á los desheredados del mundo un futuro de bienestar y justicia...

Bajo este punto de vista, que es el nuestro, está fuera de todo encomio el libro de MAS Y PÍ, porque además de ser un bello libro es un libro sincero y humano.

E. Bianchi.

"De mi raza", por Oscar Alberto Zorrilla

Parece que Alberto Zorrilla hubiese escrito su libro con un gesto de desden y hasta de asco, en presencia del total enervamiento de las virilidades juveniles, de la fría estolidez de los hombres y sobre todo en presencia de este bizantinismo canceroso que hoy bajo todas las formas del sensualismo brutal, es el gusano infatigable de la decrepitud que roe sin descanso las mejores energías, los más saludables propósitos, los más bellos entusiasmos, los más altos ideales; en una palabra, todo lo más intenso y fecundo de la vida superior del espíritu.

Se vive una vida de maricaje, de habillitas y de contiendas políticas, de chismes de barrio, de cobardías é incondicionalismos, en vez de una vida de ensueños, de luchas y de labor generosas; el joven Zorrilla tiene sobrada razón al echar de menos, la falta de amor al estudio, de ideales filosóficos y artísticos; en una palabra el indiferentismo por la vida intensa del pensamiento.

Eos hombres en su mayoría, huraños y frívolos, absorvidos sin cesar por las bajas

especulaciones de lo que ha dado en llamarse *la vida práctica* parece que se contentaran como dice Zola con rumiar á mandíbula llena, pacíficamente, en el pesebre de la necesidad común.

Este libro inspirado, pues, en el irritante espectáculo de una vida tan burda; tan groseramente material, es algo así como una reacción, en el sentido de producir más movimiento intelectual, y moral, contra esta inercia laxante y dolorosa.

Tiene desde este punto de vista la belleza de los propósitos que encarna contra la general apatía, propósitos de por sí simpáticos al través de los cuales como al través del cortinaje de una ventana se vé la cámara hermosa del alma de su autor.

El libro del joven Zorrilla siempre logrará dejar como una huella de vibraciones entusiastas en el espíritu de los que lo léan; siempre cautivan las almas que como la de este joven aparecen ricas de lirismos y de simpatías.

Julio R. Barcos.

Almanach de la Revolution pour 1905.

Interesante, como todos los años, nos llega de París el *Almanach de la Revolution*. Una hermosísima carátula á colores del famoso dibujante Steinlén, presenta el interesante almanaque cuyos principales artículos vienen firmados por GRAVE, DESCAYES, KROPOTKINE, CH. ALBERT, V. GREIFUELHES, P. QUILLARD, A. GIRARD, etc.

Numerosos y notables dibujos inéditos de

LUCE, WILLANNE, JOUJULE, CONTURIER, WILLETTTE, etc., dan un interés artístico insuperable á las 64 páginas de que consta el almanaque.

El precio de venta en su administración, es de francos 0.30; por Correo 0.40. En venta en la administración de «Le Temps nouveaux» 4, Rue Broca, Paris.